

Capítulo 48 - La Princesa y el Unicornio - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- Capítulo 48 - La Princesa y el Unicornio - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Capítulo 48 - La Princesa y el Unicornio - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Swiftstride observaba a su dueña partir con Doomwing. El unicornio alado nunca se había sentido tan inútil. Antaria ahora podía volar. ¿Qué necesidad tenía de él? Quizá todavía no volaba tan rápido como él, pero sabía que solo era cuestión de tiempo. Había mejorado en todos los aspectos con tanta rapidez. No tardaría mucho en ser mejor que él en vuelo también. Él sabía que algún día ya no sería su montura. Los unicornios... los unicornios eran criaturas de pureza, y eso implicaba severas restricciones sobre quiénes podían llevar a la batalla. Si la suerte le era favorable, Antaria algún día se casaría y tendría sus propios hijos. Sería una buena madre, y el dominio de Doomwing sería un lugar ideal para criar a la prole. Después de todo, ¿quién se atrevería a atacar el territorio de un dragón primigenio? Pero hasta entonces, Swiftstride auspició mantenerse a su lado, servirla con fidelidad. Y luego, años más tarde, serviría a sus hijos. Pero, ¿qué servicio podía ofrecer cuando ella ya había encontrado una forma de hacer aquello que él hacía mejor que ella? "Tu lamentación es patética," dijo Corundum. La mirada del doppelgänger brillaba. "Tienes dos opciones, unicornio. Puedes seguir lamentándote, como tanto os gusta, o puedes luchar por volverte útil. ¿Cuál eliges?" Swiftstride sabía que su entrenamiento no había sido tan arduo como el de su amada. Sabía que no había sido sometido ni presionado con tanta dureza o velocidad, y reconocía que en parte era culpa suya. Por mucho que la formación de Doomwing fuera brutal, le había dado una opción: podía ser sometido como Antaria, o podría recibir una instrucción más acorde a lo que estaba acostumbrado. La segunda opción sería difícil, sí, pero no enfrentaría la muerte como ella. Por cobarde, había elegido lo más fácil. Pero ya no más. Giró hacia el doppelgänger y asentó con la cabeza. Había procrastinado suficiente. Si su dueña arriesgaba su vida, ¿cómo podría él hacer menos y aun así mantenerse a su lado? "Al final, tienes algo de coraje," dijo Corundum. "No está mal para un unicornio. Pero veremos cuánto dura esa resolución." Se elevó en el aire. "Sígueme." Volaron hacia el sur, sobre el dominio de Doomwing, hasta llegar al mar. Allí, cruzaron un pueblo habitado por tigres-humanos. Allí también había otro doppelgänger, y intercambiaron algunas palabras breves antes de seguir sobre el mar abierto. "Cuando los Primeros Dioses cayeron ante el Dios Roto, no cayeron solos." La expresión de Corundum se tornó melancólica. "Los dragones volaron junto a ellos, y cayeron en tal número que sus escamas rotas parecían lluvia. Pero había otros allí también, tus antepasados entre ellos. Aunque muchos de tus parientes actuales me parecen cobardes, cómodamente asilados en sus bosques, juzgando a los demás como si realmente pudieran entender lo que sucede más allá de sus refugios, debo decir que tus ancestros fueron dignos de alabanza. Sin esperanza de tener ventaja, respondieron a la llamada y pagaron con sus vidas por su lealtad. No fueron dragones, pero su valor y fidelidad siguen siendo dignos de respeto, sin importar la especie." Swiftstride asentó con gravedad. No recordaba bien esos hechos,

no como Doomwing. Solo le quedaban relatos fragmentados de sus ancestrales historias. Pero Doomwing sí había estado allí. Había visto al Dios Roto y presenciado la devastación que aquel caos había causado a los Primeros Dioses y sus aliados. Que Corundum alabara a aquellos unicornios ya extintos era el mayor elogio posible para ellos. "Los primeros unicornios no podían volar, no tenían alas. Vuestro linaje nació de uniones entre unicornios y pegaso. Con el tiempo, se hicieron tan numerosos que llegaron a considerarse una raza propia, como los dragones y leviatanes que hoy en día pueden rastrear su origen a esos antiguos seres." Corundum gruñó. "Por supuesto, ninguno de los vuestros fue tan tonto como ellos. Deberían considerarse afortunados de aún existir. Si no algunos de ellos hubieran tomado partido con nosotros en la Tercera Edad..." Sacudió la cabeza. "Tú tienes suerte. Uno de tus ancestros era... poco común." Los ojos de Swiftstride se entrecerraron. ¿Qué quería decir con eso? "No puedes percibirlo. Esa sangre se ha debilitado con los siglos, pero aún está allí. Si buscas fuerza, el poder para estar a tu lado de tu ama y servirla con valor y honor, esa sangre, aunque ya casi no se note, puede ser tu mejor esperanza." La mirada de Corundum se dirigió hacia el este. Una tormenta se formaba, nubes negras que se alzaban como montañas en el cielo, desgarradas por el chasquido de relámpagos y el estruendo de truenos. Las olas abajo eran muros de agua que se elevaban y rompían con la fuerza de avalanchas. Pero, ¿había fuego entre las nubes? El cuerpo de Swiftstride vibraba, con cada pelo erizado. Esa no era una tormenta natural, y se dirigía hacia ellos. No. Se dio cuenta. Se acercaba. "Uno de tus ancestros fue un qilín," dijo Corundum. "Ese qilín, por muy debilitada que esté esa línea en ti, nunca dejaría de reconocerla." El doppelgänger se rió. "¿Quieres fuerza? Pídesela a él... pero tendrás que demostrar tu valía." En cuestión de instantes, la tormenta los envolvió. Relámpagos cruzaban los cielos, grandes tenedores de electricidad que chisporroteaban entre las nubes y entre el mar y el cielo. El trueno era tan ensordecedor que casi llevó a Swiftstride a caer del cielo, y el viento le hundía agujas de lluvia en la piel como martillos. Y en medio de la tempestad, dando un paso firme entre las nubes, apareció el qilín. El qilín era... majestuoso, una criatura más grande que cualquier unicornio o pegaso que Swiftstride hubiera visto. Era parte ciervo, parte caballo, e incluso parecía tener trazas de dragón. Relámpagos chisporroteaban sobre su cuerpo, y llamas surgían donde sus cascos tocaban el aire. La fuerza emanaba de aquel ser, y el corazón de Swiftstride latía con fuerza en su pecho. Si el qilín atacaba, ni siquiera Corundum podría protegerlo — así de poderoso era. Sin embargo, la presencia del qilín no mostraba ninguna señal de furia. Por el contrario, parecía sereno, completamente tranquilo, y al acercarse, Swiftstride comprendió que, a pesar de la violencia de la tormenta a su alrededor, el viento alrededor del qilín era calmado y el cielo, despejado. En su cabeza, llevaba un solo cuerno brillante que contenía todo el poder de la tormenta junto a la furia y la ira de un incendio forestal. "Eres mucho más pequeño de lo que recuerdo, Doomwing," dijo el qilín. "Y tú, Leishen, eres tan pequeño como lo recuerdo," replicó Corundum. "En cuanto a mí... soy un doppelgänger. Doomwing está en otro lugar. Uso el nombre de Corundum." Los ojos de Leishen — mares de fuego y trueno— brillaron. "Parece que sus habilidades han mejorado aún más. Tengo un descendiente que podría beneficiarse de sus enseñanzas — o de las tuyas." "Quizá. Si los consideras dignos, envíamelos." Corundum miró a Swiftstride. "Sabes por qué estamos aquí." "Es uno de los míos," susurró Leishen, y la tormenta resonó con un ominoso retumbar a su alrededor, chispas que saltaron desde su melena para iluminar el cielo oscuro. "Pero mi sangre en él es muy delgada... muy delgada." "Pero aún está allí," contestó Corundum. "Él busca fuerza." "¿Para qué?" preguntó Leishen. "Soy un qilín. No daré poder a un necio ni a un tirano. Lo sabes bien." Swiftstride reunió valor y avanzó volando. Apenas podía sostener sus alas en presencia del qilín. Le hizo preguntarse qué pasaría si Doomwing desatara toda su fuerza. ¿Sería aplastado por la potencia del dragón? Inclino su cabeza ante el qilín

y trató de explicarse. "¿Buscas poder para servir a otro?" Los labios de Leishen se curvaron. "Interesante... pero ¿la persona a quien deseas servir es digna de tu entrega?" Swiftstride salió en defensa de Antaria. Ella lo valía. Incluso Doomwing la había considerado digna. "Hmm... interesante. Pero su valía no te hace digno." Las patas de Leishen golpearon el aire con fuerza. "Te pondré a prueba yo mismo. Prepárate."

Corundum aguardaba en la orilla, mientras Haitao lo miraba a él y al Hermano Dragón. El pequeño salamandrón acuático parecía encontrar fascinante la comparación entre los dos, ya que había pasado la mayor parte del tiempo buscando diferencias entre ellos. Incluso había llegado a lamerlos, lo cual Corundum toleraba únicamente porque salamandras eran tontos simples que, sin embargo, tenían sus corazones en el lugar correcto. Además, Haitao solo había hecho eso una vez, antes de decidir que era una mala idea. "¿Está bien así?" preguntó Xiang, señalando la tormenta que rugía en el horizonte. Aunque desde esa distancia, podían ver los destellos de relámpagos y el brillo de las llamas. "El unicornio alado con el que vine — Swiftstride — está siendo probado por un qilín", respondió Corundum. "Los qilín son muchas cosas, pero no son vicious o crueles." El Hermano Dragón asintió. "En los días antiguos, cuando los Primeros Dioses aún caminaban por el mundo, eran criaturas pacíficas. Sus tormentas traían viento, lluvia y relámpagos, pero nunca dañaron a nadie. Cuando el Dios Roto comenzó su furia, aprendieron que a veces la bondad y la compasión no son suficientes. Tomaron armas, y muchos perecieron junto a los míos. Los que aún quedan son diferentes. Son criaturas de bondad y compasión, pero atosigan la maldad y la crueldad cuando las ven venir." "¿Qué poderes espera obtener Swiftstride?" preguntó Xiang. "¿Y sería posible conocer a este qilín?" Como muchos bestiamigos, los tigres veneraban al qilín, porque habían recibido ayuda de él a lo largo de su historia. Doomwing había encontrado varios durante sus viajes con el Hermano Tigre, y todos pensaban que la idea de un dragón viajando con un monje tigre era divertida. Leishen incluso se unió a ellos por un tiempo, y pasaron un buen año recorriendo la costa juntos antes de separarse del qilín. El Hermano Tigre encontraba interesantes los pensamientos de Leishen. El monje había vivido una vida violenta antes de buscar el camino de la paz, y el qilín había llevado una existencia pacífica hasta que se vio obligado a tomar las armas. ¿Y Doomwing? Para un dragón, la violencia era solo otra forma de resolver problemas, especialmente cuando otros se negaban a razonar. "No sé si Leishen tendrá tiempo de encontrarse contigo. Solo vino tan al norte porque Swiftstride es un descendiente lejano. En cuanto al poder... no puedo asegurarlo. Si demuestra ser digno, hay varias maneras en que la sangre en sus venas puede despertar." La tormenta en el horizonte se intensificaba, y Corundum contuvo una carcajada cuando Haitao trepó a la cabeza de Xiang para intentar observar mejor. Podría haber usado su propia magia para mirar en la tormenta, pero esto era un rito de paso. Invadirla sería de mala educación, y Leishen había hecho suficiente para ganarse esa cortesía a lo largo de los años. "Simplemente tendremos que esperar", dijo Corundum. "Que la prueba haya durado tanto es una buena señal. Si Swiftstride fuera a fallar, sospecho que habría sido rápidamente. Leishen solo está tomando tanto tiempo porque realmente quiere medir a Swiftstride." "Leishen nació en la Primera Era," agregó el Hermano Dragón. "Sus tormentas traen lluvias nutritivas y sus llamas limpian lo podrido para que pueda crecer la vida nueva. Ya sea con tormentas o fuego, ambos caminos ayudarían a Swiftstride. Si busca velocidad, el camino de las tormentas sería mejor. El viento es rápido, pero la electricidad podría ser aún más veloz. Sin embargo, el camino de las llamas ofrece un poder destructivo puro, además de habilidades que no se superponen con las de Antaria." "Entonces, sería una cuestión de habilidades complementarias o suplementarias", musitó Xiang. "Una cuestión difícil, en la que muchos guerreros tendrían opiniones distintas." Miró a Corundum y

al Hermano Dragón. "¿Qué elegirían ustedes?" "Somos dragones", respondió el Hermano Dragón. "Por eso, muchas veces luchamos solos. Esto significa que debemos poseer un conjunto de habilidades enfocado, tan abrumador que pueda aplastar cualquier desafío, o uno equilibrado que responda a cualquier amenaza. Ambas opciones existen entre los dragones primordiales. Según la forma en que Antaria suele afrontar a sus oponentes, creo que habilidades suplementarias serían mejor." Las cejas de Xiang se fruncieron. "Ella luchaba con gran velocidad y agilidad, pero golpeaba mucho más fuerte de lo que esperaba." "En efecto," respondió el Hermano Dragón. "La mayoría de los guerreros que se centran en velocidad y agilidad sacrifican poder. Para compensarlo, enfatizan la precisión y pueden emplear magia o armas para incrementar el daño que infligen. Antaria es una rareza en ese aspecto, probablemente debido a sus particulares afinidades mágicas." "Ya veo." Xiang asintió. "Entonces, si Swiftstride adquiriera habilidades suplementarias..." "La idea sería que ambos desarrollaran un estilo de combate que enfatice la velocidad abrumadora y un poder inmenso. Atacar primero y terminar la pelea antes de que realmente comience." Corundum mostró los dientes. "Una estrategia popular entre los dragones en combate aéreo. Muchas batallas en el aire terminan en segundos — incluso si no concluyen inmediatamente, las heridas o las ventajas posicionales pueden ser decisivas." Corundum recordó muchas batallas aéreas que había peleado. Solo en los niveles más bajos y más altos estos combates se volvían largos. Los novatos no tenían las habilidades necesarias para terminar rápidamente, mientras que los verdaderos expertos evitaban errores graves, convirtiendo los enfrentamientos en prolongadas pruebas de resistencia. "En cualquier caso," dijo Corundum. "Lo único que podemos hacer es esperar." Hizo una pausa. "Sería problemático si Swiftstride sufriera heridas permanentes. Antaria se enfadaría mucho conmigo." Haitao croó desde su posición en la cabeza de Xiang. Confiar en que él simpatice con el unicornio alado. "Advertí a Swiftstride de los riesgos. No me ha impresionado mucho hasta ahora, pero no le quitaré su posibilidad de decidir su propio destino. Es su vida la que arriesga." Haitao se puso a cantar suavemente y acarició la cabeza de Xiang. "No te preocupes por Xiang," dijo el Hermano Dragón. "No es tan tonto como Swiftstride. Concéntrate en tu propio crecimiento. Tienes que madurar antes de preocuparte por otros."

Xiang quedó maravillado al ver cómo el qilín se acercaba. La tormenta lo acompañaba. Los vientos rugían, relámpagos brillaban, truenos vibraban, las llamas ardían, y las olas se levantaban y caían como montañas de agua — y, sin embargo, nada resultaba dañado. Ni un solo ave se apartó del cielo, el viento cesó justo antes de llegar a los árboles, y las olas que arremetían se calmaron para acariciar suavemente la orilla. Una muestra de poder y control impresionante. El propio qilín era majestuoso, aunque era imposible definir su verdadera esencia. Era a la vez cervino, ecuino y dracónico. La electricidad recorría su cuerpo, y resplandores de brasas emergían de sus herraduras en el aire. Tenía un solo cuerno en la cabeza, que brillaba con toda la furia de la tormenta y el poder de un incendio forestal. Magnífico. Absolutamente magnífico. El fuego y el trueno brillaban en los ojos del qilín, y por un largo momento, la criatura miró a Xiang antes de dirigir su mirada hacia el salamandrón sobre su cabeza y luego hacia los dos dobles que lo acompañaban. El primero sacó una pequeña sonrisa del qilín, mientras que el segundo convirtió esa sonrisa en una carcajada. "Estás multiplicándote, Doomwing," dijo el qilín con tono pausado, aunque su voz se oía claramente por encima del aullido de la tormenta. "Pero quizás no de la manera en que algunos de tus compañeros preferirían." Los dos dobles permanecieron en silencio, y el qilín descendió del cielo para detenerse en la orilla, sus patas tocando ni agua ni arena, solo aire. Fue entonces cuando Xiang notó a Swiftstride. El unicornio alado era sostenido por el poder del qilín, pero... "Sus

alas," dijo Corundum. "Parece que le faltan... junto con su cuerno. ¿Quieres explicarlo, Leishen?" El qilín miró al unicornio. Sus alas se habían ido, como su cuerno, y su cuerpo estaba casi negro por las llamas y los relámpagos. Xiang pensó que estaba muerto, si no fuese por el leve subir y bajar de su pecho. "Pasó mi prueba, pero su base era defectuosa. Le di una opción. Podía reforzar una base defectuosa o destruirla, y él podía reconstruir desde cero bajo mi guía." Incluyó la cabeza en señal de respeto. "Subestimé su deseo de crecer. Me pidió que rompiera su base y que le ayudara a construir una mejor. Lo que ven es la consecuencia de eso." "¿Y qué tipo de base le ayudarás a construir?" preguntó Corundum. "Lo traje hasta aquí, por lo que su destino también es mi responsabilidad. ¿Qué le dirás a su amada?" Leishen no respondió con palabras. En cambio, proyectó una imagen en sus mentes. Xiang cayó de rodillas. Vio a Swiftstride, no como era o como es ahora, sino como podría ser: un unicornio con alas de fuego y relámpagos, y un cuerno de tormenta y fuego. Sus patas y alas traerían trueno y brasas con cada paso y golpe, y correría por los cielos más rápido que cualquiera de sus hermanos, al menos desde los viejos tiempos, cuando unicornios y qilín eran muchos. "Mi sangre es delgada en él," dijo Leishen mientras la visión se desvanecía. "Pero respondió a mi poder con entusiasmo. Me recordó... a antes." Su mirada volvió a Xiang. "Los qilín somos pocos ahora, muy pocos comparados con la Primera Era. Yo era joven entonces, tigre-hombre, tan joven. No era una leyenda, ni un titán que traía tormentas y incendios forestales. Era joven, y los qilín éramos muchos—tanto que el trueno de nuestras patas solo era una tormenta, y los cielos se oscurecían cuando pasaba la Gran Manada. Pero esos días ya no están, y la Gran Manada no existe más. Antes, no podía contar a todos mis hermanos y primos, pero ahora vigilo cuidadosamente a cada uno de mis descendientes. Me pregunto cómo se me escapó este, pero me alegra haberlo encontrado." "¿Cuánto llevará entrenarlo?" preguntó Corundum. "Su amada es humana. No le beneficiará a ninguno de los dos si la vieja muere antes de que él regrese." Leishen se rió suavemente. "Lo ayudaré a construir su base y a mostrarle el camino. Pero será mejor que ande ese camino junto a su amada, que conmigo. No sé cuánto tiempo tomará, pero está decidido. Pronto volverá con ella." "Entonces, llévatelo," dijo Corundum. "Y entrénalo bien." "Eso planeo," sonrió Leishen. "Volver a estar los tres juntos de nuevo... casi me resulta nostálgico." ¿Los tres? Xiang frunció las cejas. El qilín seguramente se refería a Doomwing, pero ¿quién sería la otra persona? No Swiftstride. El qilín solo había visto al unicornio ese día, y lo mismo podía decirse de Haitao. ¿Sería él? Xiang no recordaba haber visto al qilín antes, y mucho menos en presencia de Doomwing. "Cuida mejor de él esta vez, ¿o planeas dejar que tome la misma decisión que antes?" preguntó Leishen. Fue el Hermano Dragón quien respondió. "Es su vida para vivir o entregar. No le quitaré la opción." Leishen asintió. "Esperaba esa respuesta. Eres un dragón por completo." Su mirada se fijó en Haitao, pero el salamandrón no se apartó. Al contrario, el pequeño salió a su encuentro con la mirada fija, donde muchos habrían huido o caído debilitados. "Cuida bien de él, pequeño." croó Haitao. Lo haría. "Entonces, me voy," dijo Leishen, girando y elevándose de nuevo hacia el cielo con Swiftstride. "Que la suerte esté con todos ustedes." Y mientras el qilín se alejaba, la tormenta también se marchaba con él. Xiang lo observó partir hasta que ya no pudo verlo. Solo entonces se dio la vuelta y regresó al pueblo con el Hermano Dragón y Haitao. Corundum, en cambio, se elevó al cielo. Sin duda, tendría que dar algunas explicaciones cuando volviera a encontrarse con Antaria.

Antaria pensaba que nada podría superar el espectáculo del volcán donde Doomwing residía. Era la cima más alta y enorme que había visto — tan alta que, aunque volara, tuvo que mirar hacia arriba. La tentación de preguntar si había usado magia para hacerla más grande la acosaba, pero sintió que sería grosero. Después de todo, era su hogar. Volar hasta la cima no había sido fácil, y

habría fallecido por falta de aire si no hubiera sido por la magia que Doomwing le había puesto. Sin embargo, la majestuosidad del volcán en sí misma palidecía ante lo que contenía. Dentro del cráter había un lago gigante de lava fundida, y alrededor de ese lago, el tesoro de Doomwing. La vista casi la quebró. Era... montones de metales preciosos apilados como si un niño los hubiese amontonado en la playa. Cofres tras cofres, llenos de joyas, pociones raras, telas místicas y objetos dispersos como hojas bajo un árbol. Dispositivos arcanos de un poder indescriptible—objetos por los que los reinos irían a la guerra—esparcidos aquí y allá, como si un descuidado erudito dejara pergaminos o libros. Sobre el centro del lago, bajo el cielo nocturno y rodeado por cuatro elementales, había un huevo. La superficie del huevo parecía reflejar el cielo arriba, negra, con estrellas titilando. "Ese es un huevo de fénix estelar," dijo Doomwing. "Y, antes de que preguntes, no puedes tenerlo." Antaria bufó. "No iba a pedirlo." La idea claramente se le había pasado por la cabeza. Había algo casi... hipnótico en el huevo. Sin embargo, sabía que era mejor no preguntar. Todo lo que Doomwing cuidaba con tanto esmero debía ser increíblemente importante. Al aterrizar en la orilla del lago de lava, volvió a sentir gratitud por la magia de Doomwing que la protegía. El vuelo hasta allí había sido bastante interesante—sobrevolar un paisaje volcánico marcado por rocas filudas, ríos de lava y columnas de piedra altísimas no era algo que pensara que haría alguna vez—pero el calor era insoportable. Por muy fuerte que estuviera, habría muerto en minutos si no fuera por Doomwing. "Entonces... ¿simplemente elijo algo?" preguntó Antaria. Doomwing se acercó a la lava y se deslizó en ella como lo haría un cocodrilo en el agua. "Uno de mis dobles te ayudará." Antaria dio un paso atrás, instintivamente, cuando una ola de lava saltó a la orilla. "¿Cuántos de esos tienes?" preguntó. "Suficientes." Y así, desapareció, toda su forma fundiéndose bajo la superficie del lago. Ella quedó mirando, impresionada. El lago debía ser enorme para que pudiera sumergirse por completo. "Ven conmigo." Se volvió y encontró a otro de los dobles de Doomwing esperándola. Aunque se parecía exactamente a Corundum, su postura era diferente. Había... entusiasmo en él, que parecía casi juvenil en comparación con la calma habitual de Corundum. "¿Quién eres?" preguntó. "Puedes llamarme Littletooth." Ella parpadeó. "¿Littletooth?" El doble le sonrió con picardía y le dio un toque con la cabeza. "Es un apodo que me puso una vieja amiga cuando estaba molesta conmigo. Estaba muy orgullosa de sus grandes dientes. En comparación, los míos eran tamaño normal, aunque para ella parecían pequeños. Por eso, Littletooth." "Debió ser una buena amiga si te permitió que te llamara así," dijo Antaria mientras él la guiaba lejos del lago hacia los montones de tesoro que la esperaban. "Lo era," respondió Littletooth. "Realmente lo era." "Ah." Antaria se estremeció. "Perdón." A veces se olvidaba, pero Doomwing seguramente había perdido a muchos amigos a lo largo de los años. Y hasta los dragones pueden lamentar. "No te disculpes por cosas que no puedes cambiar ni saber que pasarían." Littletooth agitó su cola cortita. "Vamos, no tenemos todo el día, y seguro estás ansiosa por ver qué hay por aquí." Antaria sonrió. "Claro que sí." Es una cosa ver los enormes montones de tesoro a la vista, y otra muy distinta saber cuánto valen realmente. Littletooth parecía saber el valor de cada cosa y no dudaba en explicarla. ¿Ese cofre lleno de pociones? ¡Bastante más que su reino! ¿Esos hilos de seda mágica? El precio de un rey. ¿Esas joyas? Olvídate de conquistar reinos vecinos, podría comprarlos todos. Era una locura total, y de verdad esperaba que ningún enano viera esto, porque enloquecerían de codicia. Sin embargo, por más impresionante que fuera recorrer colinas enteras de riquezas, ella tenía que elegir un premio, y no era estúpida como para desperdiciar una oportunidad tan valiosa en algo como oro o joyas. Lo mencionó, y Littletooth se rió y la llevó a otra sección del tesoro. "Aquí encontrarás armas, armaduras y objetos que quizás te sean útiles." El doble sonrió con suficiencia. "Los objetos más finos están en otro sitio." "¡Ay!" Aunque quizás no conseguiría esos, sería divertido ver qué cosas incluso Doomwing considera dignas de mención. "Aún así... hay mucho

aquí." Y era cierto. En lugar de llenarlos de manera desordenada, los objetos estaban organizados con cuidado en estantes y racks que parecían extenderse sin fin. Se preguntaba cómo Doomwing habría logrado ordenarlos tan perfectamente, y recordó su telequinesis. Podía no tener la fuerza para manipular objetos con sus garras, pero había observado la precisión de su control sobre esa magia. "¿Qué tal esto?" preguntó, levantando una espada. "No está mal," dijo Littletooth. "Una espada de la Segunda Edad, de origen élfico. Está diseñada para cortar casi cualquier cosa si se le pasa suficiente magia. Sin magia, sigue siendo muy afilada, aunque un enano experto puede igualarla. Pero no te la recomiendo mucho." "¿Por qué no?" preguntó Antaria. "Fue hecha para los elfos. Tú eres más fuerte que un humano normal, pero los elfos suelen tener grandes reservas mágicas. Como estás ahora, solo podrías usarla unos diez segundos antes de agotarte. No está mal, pero creo que hay mejores opciones para ti." Antaria meditó y siguió caminando, hasta que otro objeto llamó su atención. "¿Y estos?" sostuvo unas sandalias aladas. "Están hechas con plumas de grifo entregadas voluntariamente," explicó Littletooth. "Permiten volar por el aire como uno." "Todavía no puedo volar muy bien, pero quizás en unos años." Él bufó. "Los grifos no son tan buenos en el aire como creen. Además, no son precisamente suerte." "¿Por qué dices eso?" preguntó Antaria. "Las conseguí de un humano que intentó matarme en la Tercera Edad. Usé un hechizo para cortarle las piernas y cayó del cielo como una roca." "¡Eso debe doler!" "Cayó en el océano, así que no murió, pero los tiburones sí." "...". Antaria hizo una mueca. "Sí, sigamos buscando." Lo siguiente que llamó su atención fue un amuleto azul. "¿Qué tal esto?" preguntó. "No está mal," respondió Littletooth. "Es un amuleto hecho con escamas de salamandra de agua. Permite respirar con libertad bajo el agua, y también hablar y escuchar normalmente," explicó. "Y no te preocupes, no maté ninguna salamandra en el proceso, solo recogí sus escamas tras despedazarlas." "Sería útil, pero sé que puedo sobrevivir bajo el agua solo con mi magia, ¿verdad?" preguntó Antaria. "Sí. Ya estás casi lista para aprender a sustentarte solo con magia, al menos por un tiempo. Técnicas así también te permitirán sobrevivir en el agua." "Entonces, sigamos explorando." No tenía idea de cuánto más anduvieron antes de que algo más captara su atención, pero Littletooth parecía feliz de mostrarle las maravillas del tesoro. "¿No te molesta que me tome tanto tiempo?" preguntó Antaria. "No mucho. Doomwing está durmiendo en el lago, así que no hay prisa. Además, me encanta hablar de todo esto." Sus ojos brillaban con avaricia. "Recuerdo aún cuando era cría y apenas tenía una moneda. Poder presumir de todo esto me llena de orgullo." "Bueno, de eso se trata," dijo Antaria. "¿Qué hay de esa otra cosa?" Ella señaló un par de gafas. "¿Qué hacen?" "Otra buena elección. Fueron hechas por un maestro enano durante la Tercera Edad. En general, los enanos no son muy diestros en magia de adivinación o detección, pero son excelentes al imbuir magia en objetos. Esas gafas pueden ver a través de ilusiones, detectar trampas y revelar información sobre lo que hay a tu alrededor." "Suena muy útil," musitó Antaria, poniéndoselas. "¿Qué tipo de ilusiones y trampas pueden detectar?" "Hasta la magia de decimoorden, aproximadamente. Si pasas magia por ellas, también podrás ver a través de algunas cosas." "Vamos a probar." Antaria se colocó las gafas y las miró mientras usaba magia. "No noto nada diferente." "No puedes ver a través de mi cuerpo," dijo Littletooth. "Mi magia y mis defensas son demasiado altas, pero intenta mirarte a ti misma." Antaria se miró y soltó un grito de sorpresa. "¿Puedes ver a través de la ropa?" Littletooth se rió. "El enano que las hizo tenía sentido del humor—y esa función originalmente era para ver a través de las armaduras, así sabías dónde apuñalar al enemigo. Pero, sí, puedes ver a través de la ropa con esas." "Uhm... quizás elija otra cosa." "¿Estás segura? La capacidad de análisis es muy útil, porque puede darte una idea de las fortalezas y debilidades del oponente. Pero no sirve contra enemigos con un poder mucho mayor o que tengan resistencias mágicas o defensas especiales." Antaria se mordió el labio. "Es tentador,

pero no siento que sea para mí, si me entiendes." Littletooth asintió. "Entonces, seguimos." Continuaron explorando. En realidad, fue muy entretenido. Algunos objetos eran realmente raros, y Littletooth disfrutaba explicando cada uno con detalles y curiosidades. Había una calabaza que convertía magia directamente en vino, obra de un alquimista alcohólico de la Quinta Edad. Unos pantalones que se colocaban solos en el usuario. Útiles, aunque un poco inquietantes, sobre todo porque comentaban sobre el peso de su portador. Incluso había una máscara que permitía cambiar la apariencia y la voz por otra persona. Ella lo había considerado antes, pero no era su estilo. Finalmente, llegaron a una sección de instrumentos musicales. Había un tambor que podía enloquecer a quienes lo escuchaban. Littletooth se ofreció a demostrar, diciendo que podía resistir los efectos, pero ella declinó rápidamente. También había una arpa que podía embrujar y seducir a quienes la escucharan, y eso le parecía demasiado oscuro para su gusto. Ella prefería golpear a sus enemigos con piedras, no manipular sus mentes. Littletooth le dio una mirada de aprobación cuando apartó la arpa. "¿Y esa otra cosa?" preguntó, señalando una flauta. "¿Qué hace?" "Eso," dijo Littletooth, acercándose, "es una flauta de invocación." "¿Qué invoca?" "Llamas a espíritus y elementales asociados con el cielo," explicó. "Y, dado tu afinidad mágica con el cielo y cómo has logrado controlar a los monstruos... quizás te sirva." Hizo una pausa. "Pero hay un problema." "¿Cuál?" "¿Sabes tocar la flauta? No basta con soplar y ya. Hay un libro de canciones que debes aprender, y necesitas tocarlas para que funcione. Además, después de invocar, tendrás que ganar su confianza y lealtad." Los ojos de Antaria se agrandaron. "¿En serio?" "Por supuesto." Littletooth le entregó la flauta y le pasó un libro. Ella lo abrió, y se quedó mirando una notación musical que no entendía. "¿Qué tipo de notación es esta?" preguntó. "Esela, del Tercer Edad. La notación musical humana es en realidad más parecida a la enana, porque los humanos han tenido más contacto con enanos por comercio de comida y metales." "... Antaria respiró hondo. "Nunca antes he tocado la flauta, pero, ¿qué tan difícil puede ser?" Littletooth la miró con recelo. "Por probar, no pierdes nada." Ella lo intentó, y fue horrible. "Maldita sea..." sus puños se apretaron. "No sé tocar la flauta ni leer esa música, pero... algo me dice que debería quedarme con esta flauta." "¿De verdad?" Littletooth le inspeccionó la cara y la flauta, y sintió el susurro de magia a su alrededor. "Sí, ahora que lo mencionas, parece que esa magia te tiene cariño. Sería una tontería devolverla, pero..." "Conozco a alguien que puede enseñarme." Antaria chilló y dio un paso atrás cuando Doomwing apareció de repente, sobre ella. "¿No podrías hacer eso? Supuesto que estás durmiendo." Ella le hizo una mueca molesta. "¿Y cómo puedes acercarte así sin que me dé cuenta? ¿Usaste magia!?" "Este es mi refugio," respondió Doomwing. "Hago lo que quiero." "Las gafas te habrían permitido verlo," dijo Littletooth, volviéndose hacia Doomwing. "Dijiste que tienes a alguien en mente. ¿Estás pensando en...?" "Sí," respondió Doomwing. "Será una oportunidad para que ella se demuestre a sí misma... y ya era hora de que Antaria la conociera bien." "¿De quién hablas?" preguntó Antaria. "Descúbrelo al volver al pueblo," fue la respuesta. "Lleva la flauta y el libro. Puedes seguir explorando mi tesoro mientras yo organizo el de mi amigo. Cuando termine, volveremos al pueblo. Volaré allí y te llevaré con mi telequinesis." "¿Vas con prisa?" preguntó Antaria. Por muy rápido que ella pudiera volar, Doomwing se movía mucho más rápido. "Fui responsable del... incidente que destruyó la guarida de mi amigo. No veo razón para retrasar más la reparación y regresar su tesoro." Doomwing se alejó hacia el otro lado del lago para comenzar a guardar los objetos. Littletooth le empujó con una de sus alas enormes y sonrió. "¿Qué pasa?" preguntó Antaria. "Solo está ansioso por ver a su amigo otra vez," dijo Littletooth. "Después de todo, ha pasado toda una Era desde su última reunión cara a cara."

Al volver al pueblo — aún no podía creer lo rápido que Doomwing podía volar cuando quería — Antaria buscó a Swiftstride. No le había prestado toda la atención que debería, pero él siempre

había tenido aprecio por la música. Sin embargo, no pudo hallarlo en lugar alguno. "Se ha ido a su propio entrenamiento," dijo Corundum. Ella se volvió hacia el doble. "¿Qué quieres decir?" La explicación fue rápida y concisa, y le hizo sentir como si le hubiera dado un golpe en el estómago. "¿Eso pensaste?" preguntó. "¿Por qué no dijo nada?" "¿Crees que querría tu lástima?" respondió Corundum. "Más que nada, quiere estar a tu lado — ser alguien en quién puedas confiar. Su debilidad lo hizo imposible, así que ha buscado deshacerse de ella. Tú has mejorado. Dale la oportunidad de hacer lo mismo. En lugar de preocuparte por él, piensa en cómo lo recibirás cuando vuelva triunfante." "Sí..." susurró Antaria. "Tienes razón. Pero aún así... quisiera que me hubiera dicho algo." "Has estado ocupada," respondió Corundum. Su mirada brilló, y continuó, "No es una crítica. Es un hecho. Quizá ya es hora de organizar una burocracia formal, para que esto no vuelva a suceder." "Puede que tengas razón..." Ella se sacudió y dijo: "Doomwing dijo que iba a encontrarme con mi instructora de música cuando llegáramos." "Sí, lo hice." rumbó Doomwing. "Debería estar aquí en cualquier momento..." El espacio a su lado se dobló y retorció, y apareció una mujer rubia. "Tú... estuviste en el torneo," dijo Antaria. "Dijiste que eras amiga de Doomwing." La mujer nunca se presentó. Solo se quedó en su sitio, observando detenidamente cómo Antaria y los seguidores de Doomwing interactuaban. "Lo soy," respondió, y pareció tener una satisfacción extraña cuando Doomwing no le contradijo. "Dijiste que necesitabas a alguien que la instruya, ¿verdad?" "Ella necesita aprender a tocar una flauta élfica y a leer notación musical élfica. A menos que me equivoque, tú sabes hacerlo." "La música es importante para mi gente. Mi madre se aseguró de que me educara en varias tradiciones musicales e instrumentos. Una flauta élfica y la notación no serán problema." La mujer frunció los labios. "Esperemos que sea mejor con la flauta que mi padre. Eso es algo que espero no haya heredado." La ceña de Doomwing se frunció. "Ah... casi olvido lo pésimo que era él. Sí... tu madre le prohibió tocarla, y Marcus amenazó con romperle la flauta si tocaba otra nota." "Eh... ¿quién fue tu padre?" preguntó Antaria. "¿Y por qué heredaría cosas de él?" "Ah." La mujer sonrió. "Permítame presentarme correctamente." El ambiente a su alrededor brilló, y la mujer dejó de parecer una simple humana para convertirse en la más hermosa que Antaria había visto, con cabello cual oro trenzado y ojos como esmeraldas. Algo... familiar había en sus rasgos, y a medida que las ilusiones se deshiciéndose, aparecieron en su cabeza un par de orejas de zorra y nueve colas doradas tras ella. "Kitsune..." susurró Antaria. La conocía de oídas, pero nunca había visto una en persona. ¿Y nueve colas? Según la leyenda, las kitsune de nueve colas eran extremadamente raras y muy poderosas. Sin embargo, al mirarla, casi no podía sentir nada. Era como si ella no estuviera allí. Eso significaba que debía tener un control increíble, además de su poder bruto. Pero espera... Una kitsune con pelo dorado... cuya madre quizás estuviera relacionada con ella en algún lejano pasado... y esas facciones... No eran tan distintas de las que ella veía en el espejo a diario. La kitsune sonrió. "Por si ayuda, tienes los ojos de mi padre, más que muchos de sus otros descendientes." Finalmente, Antaria armó las piezas. "Eres..." "Sí." La kitsune sonrió. "Mi nombre es Hikari. Elerion el Valiente fue mi padre. Supongo que eso me hace tu... digamos, tía, ya que no estoy segura de cuántas generaciones han pasado." "... "Hikari," dijo Doomwing, "confío en que ella esté en tus manos." Hizo una pausa. "Deposito mi confianza en ti." Había un peso en esas palabras que incluso Antaria sintió. Hikari inclinó la cabeza. "Entiendo. Seré digna de ella." "Eso espero," dijo Doomwing. "Mientras yo esté fuera, Corundum hablará en mi nombre." Y así, se elevó en el aire, sus grandes alas llevándolo lejos del pueblo a una velocidad que ningún pájaro podía igualar. "Qué considerado de su parte," murmuró Hikari. "Si no usara magia, todos habríamos salido volando." Sonrió a Antaria. "Comenzaremos en serio mañana, pero, ¿tienes experiencia con la flauta?" La respuesta de Antaria fue levantar la flauta a los labios y soplar. ¿Y la de Hikari? "Yo... comprendo." Ella le dirigió una mirada a Corundum. "Parece que estaré bastante ocupada."